

La Novela Americana Cinematografica



Núm. 11

30 cts. Acérquese usted más...

por
Gertrude Hamilton
y Herl Lynd

**LA NOVELA AMERICANA
CINEMATOGRAFICA**

Publicación semanal

Francisco-María Vistagno
Director

AÑO I

NÚM. 11

THE LONE WOLF'S DAUGHTER 1924
Acérquese usted más...

Novela de finísimo asunto
Interpretada por
Bert Lytell, Lilyan Tashman,
Gertrude Olmstead, etc.

Producción COLUMBIA
Distribuida por

Príncipe Films, Sdad. Lda.

Aragón, 249 - Barcelona
Aldamar, 7 y 9 - San Sebastián

Postal-regulos NEIL HAMILTON

Ediciones D-I-S-T-A-N-C-I-A
Paseo de la Paz, 10 bis. - Barcelona

Acérquese usted más ..

Argumento de la película

En la Jefatura Superior de Policía, de Nueva York, varios agentes de mérito esperaban órdenes, sentados ante el teletipo, portavez tan rápido como discreta de sensacionales noticias sobre la gente más oscura.

De pronto, entre las noticias recibidas aquel día, en virtud de las cuales varios agentes habíanse ausentado ya de Jefatura, con importantes misiones que cumplir, los agentes que allí quedaban leyeron la siguiente:

Miguel Langard, alias "El Lobo", ha regresado a esta ciudad y se presenta como perito en objetos de arte.

Uno de los agentes no pudo disimular un gesto de sorpresa. ¡Caramba! ¡Conque Langard, "El Lobo", había regresado!

Un compañero le sonrió y le dijo:

—Tratándose de un "viejo amigo", le será a usted fácil y agradable ir a "cazar" a ese "lobo", Inspector Crane.

Éste miró a su interlocutor y repuso, con cierta preocupación:

—Es más listo de lo que puedan ustedes imaginarse... y ardua la misión que se me confía.

Sin embargo, el inspector Crane aceptaba con cariño tal encargo, deseoso de prender al escurridizo "lobo", cuya detención tanta gloria le daría.

Iba a apartarse de la mesa donde el teletipo parecía prometer a los agentes noticias extraordinarias a cada momento, cuando en la cinta de dicha máquina se grabaron las siguientes palabras:

Hoy en las "Galerías Duval", se procederá a la venta en pública subasta de una maravillosa colección de joyas antiguas y de valiosas pinturas.

Al leer ese aviso, el inspector Crane, sin poderlo evitar, pensó en "El Lobo". ¡No decía, la noticia que se recibiera un momento antes, que el famoso ladrón de levita se presentaba como perito en objetos de arte? Pues, era indudable que, haciendo un buen negocio, el hábil malhechor se hallaría en las "Galerías Duval".

En tanto, en dichas "Galerías", se procedía a la venta con extraordinaria propaganda arrojada, en vista de su importancia, y que había reunido allí a la más selecta de la sociedad.

El subastador mostraba en aquellos momentos a los asistentes, un precioso vaso de gran valor, propio para adorno en un principesco salón.

—Este vaso de la época Ming perteneció al príncipe de Montí. ¿Quién ofrece más de mil dólares por él?

Una lindísima señorita, distinguida y adorable, puso sus bellos ojos en el vaso en cuestión, y anhelando adquirirlo, pronunció:

—Dos mil dólares.

El subastador prosiguió, entonces:

—Miss Fairchild ofrece dos mil dólares por esta inestimable obra de arte.

Nadie daba más, al parecer, y la gentil señorita murmuró a una amiga suya que se hallaba a su lado:

—¿Qué ilusión tengo por llevarme ese vaso, Florence! ¡

—Tuyo va a ser, Irene... Nadie puja...

—Dos mil... A las dos...—continuó el subastador.

En aquel momento, cuando la monísima Irene Fairchild se veía ya dueña de aquel maravilloso vaso, el subastador recogió una seña que le hacía un elegante y joven caballero, y manifestó a los agentes:

—El señor Lanyard ofrece dos mil un dólares.

Irene miró al aludido, que se había colocado precisamente a su lado, y, lejos de corresponder al cariñoso saludo que él le dirigía, le volvió la espalda llena de desdén; y, enojadilla, exclamó:

—¡TRES MIL!

A juzgar por la forma en que fué pronunciada esta nueva oferta, Irene estaba decidida a dar batalla al caballero que se había propuesto disputarle el vaso.

El señor Lanyard, alias "El Lobo", o sea, el auténtico ladrón de levita, pero que en nada se parecía a un ladrón, porque su simpatía era realmente peregrina y sus maneras absolutamente aristocráticas, sonrió, sin apartar sus ojos del rostro lílial de Irene, y pujó:

—¡Y uno!

Nerviosa, Irene, exclamó de nuevo:

—¡CUATRO MIL!

Peru, apenas hubo terminado de ofrecer tal cantidad, "El Lobo", con frialdad que irritó más a Irene, ofreció, a su vez:

—¡CINCO MIL!

Y "El Lobo" parecía decidido a pujar hasta que el vaso fuese suyo.

Comprendiéndole así, Irene, a pesar del propósito que se había hecho de adquirir el precioso objeto de arte, renunció al mismo, dirigiendo una furibunda mirada al inoportuno caballero que se le había disputado sin la menor consideración debida a una mujer.

"El Lobo" no cesaba de sonreír, e Isabel, ante lo que parecía nueva burla, contenía a duras penas su indignación, disimulándola como correspondía a una verdadera señorita, y ella lo era.

El subastador pronunció los avisos de ritual, hasta tres, y, como no había ningún caprichoso que diese más de cinco mil dólares por aquel vaso, "El Lobo" se salió con la suya, adjudicándose al mismo.

Irene alejábse lentamente de la parte del salón donde se había procedido a la subasta del preciado vaso, cuando, sabiéndole al paso bruscamente, "El Lobo" la detuvo y, mostrándole unos guantes femeninos que acababa de recoger, le dijo:

—No es ninguna rareza adquirir vasos Ming, pero sí acariciar unos guantes como éstos... por ser de usted.

En efecto, dichos guantes pertenecían a Irene. Se le habían caído un momento antes, sin que ella se diera cuenta.

Limitose Irene a aceptarlos, y, como la corrección imponía, hizo un leve movimiento de cabeza al "Lobo", en señal de gratitud, pero fué un gesto seco, porque, a pesar suyo, Irene sentía cierto rencor contra él.

"El Lobo" paseóse por las renombradas "Galerías", contemplando los objetos, joyas y pinturas expuestas, y, por su parte, Irene hacía lo propio, y, en la sección de pinturas, fué detenida por un elegante matrimonio, al que ella conocía por haber coincidido con él en varias casas amigas.

Se trataba de los condes de Estue. El vestía con suma elegancia, pero no era, ciertamente, simpático. En cambio, la condesa era atractiva, lucía lujosas *toilettes* de calle y de reuniones, y su belleza le abría muchas puertas.

El conde, muy obsequioso, saludó a Irene y le dijo:

—Será para mí un gran honor el mostrar a us-

ted algunas de las maravillas que la condesa y yo hemos traído de Europa.

Irene se dejó conducir por el conde hacia donde estaban expuestos los objetos y pinturas que había puesto a la venta en las "Galerías", y al hallarse frente a una tela de mucho efecto, representando un hombre fumando una enorme pipa, prosiguió el aristócrata:

—Me permito llamar particularmente su atención sobre este auténtico Van Wirth.

Irene lo contempló con interés, acercándose más y más; pero el conde apresuróse a indicarle:

—Está usted demasiado cerca para juzgar el valor de esa tela en el admirable conjunto de tonalidades.

A lo que replicó la hermosa joven:

—No es necesario que se esfuerce usted en demostrarme que ese cuadro es un Van Wirth, por que no me cabe la menor duda de que lo es.

Lanyard, "El Lobo", que no estaba dispuesto, al parecer, a perder de vista a Irene, había seguido a ésta y oyó sus palabras acerca de la creencia que ella tenía de que aquella tela era de gran valor pictórico. La credulidad de Irene y el interés del conde en que adquiriese el cuadro hicieron sonreír al "Lobo", quien, de una manera natural, intervino en la cuestión, diciendo a la joven y al aristócrata:

—Sufron ustedes un error... Esto no es un Van Wirth.

Los condes, desagradablemente sorprendidos por la intromisión de aquel intruso que llegaba en el momento oportuno para estorbarles el negocio que se proponían hacer, pues a todas luces se achaba de ver que el conde trataba de "endosarle" gato por liebre a Irene, cuya riqueza podía permitirle ciertas caprichos, observaron de pies a cabeza a Lanyard y mostráronse perplejos ante su afirmación.

Lanyard continuó, contestando a la muda pregunta de todos:

—Van Wirth no vió nunca una pipa, pues falleció antes de la introducción del tabaco en Europa.

El perito de las "Galerías Duval" se había acercado en aquellos momentos al grupo que contemplaba el cuadro en cuestión, y, extrañado de que el conde lo hubiese expuesto como un auténtico Van Wirth y el señor Lanyard negase tal autenticidad, lo examinó detenidamente, y, tras meticolosa observación, falló:

—El señor Lanyard está en la justa. Nuestra buena fe ha sido sorprendida.

Los condes no volvían de su "asombro".

—El conde de Esclae añadió el perito de las "Galerías"—debe lamentar más que yo este incidente, por usted, miss Fairchild, y, además, porque él resulta ser la víctima, ya que debió pagar una buena suma por este cuadro sin ningún valor.

—Fui vilmente engañado, en efecto, si afirman ustedes, señores, que esta tela no es auténtica—declaró el conde, fingiéndose compungido.

Irene fué paseándose por las "Galerías", molesta por el seguimiento de que la hacía objeto Lanyard, sin agradecerle, al menos aparentemente, el que hubiese evitado que ella, a su vez, hubiese sido engañada, y se detuvo en la sección de joyas.

Los condes, en tanto, sin decidirse a soltar a Irene, que podía comprarse otras cosas de las que ellos habían expuesto y que eran otras tantas copias de originales de valor, muy bien rechazadas, por cierto, comentaron entre sí la maldita intromisión de Lanyard; y dijo la condesa, que recordaba haber entrevisto aquel rostro:

—Si este Lanyard no es el temible "Lobo", pongámonos en que se le parece extraordinariamente...

El conde se encogió de hombros, volvió a mirar

a Lanyard, que se acercaba sonriente a Irene, y repuso:

—¡Imposible! ¡"El Lobo" se halla en Europa! Irene había visto a Lanyard cerca de sí y se apartó, para evitar su contacto. Entonces "El Lobo" se detuvo ante la vitrina donde se hallaban expuestas las joyas de gran valor que se iban a subastar, y, admirado de la hermosura del pendiente que perteneciera a la emperatriz Catalina, lo tomó en sus manos y se puso a examinarlo como perito en la materia, reconociendo que valía una fortuna, que sólo un millonario lo podría adquirir.

En este examen le sorprendió la cudeza, además de Irene, y la primera, sospechando más y más que aquel hombre era el célebre ladrón de joyas apodado "El Lobo", no le quitó la vista de encima.

Un poco después, un empleado de las "Galerías", encargado de la vigilancia de la vitrina de las joyas, pasó, desesperado, el grito en el cielo al comprobar que había desaparecido el pendiente de la emperatriz.

Cundió la alarma, la dirección prohibió que nadie saliese del local, y se dió inmediatamente aviso a la policía del importante robo.

Y, de nuevo, el teletipo comunicó a los agentes que esperaban órdenes apremiantes en Jefatura, una importante noticia:

Las "Galerías Juvas" denunciaban el robo de un pendiente de diamantes.

Crane, que se hallaba todavía allí, reflexionando sobre la manera de empezar para la captura de "El Lobo", examinando, mental y estratégicamente, el plan de combate, relacionó la última noticia dada por el teletipo con la presencia de "El Lobo" en la ciudad, y, sin pérdida de tiempo, trasladóse, con dos agentes a sus órdenes, hacia el lugar donde se había realizado el robo.

Al llegar, Crane dió una ofenda general, bus-

cando un rostro conocido... y le vió. Su corazón brincó de emoción y alegría en su pecho. ¡El, "El Lobo", estaba allí! ¡"El Lobo" había sido el ladrón! Pero... debía andarse con mucho tiento en acusarle...

Nadie había salido de las "Galerías". Las puertas habían sido convenientemente vigiladas por los empleados, en espera de la policía.

Irene, que seguía guardándole rencor al "Lobo" por haberle imposibilitado, con su terquedad en pujar, la adquisición del vaso Ming, no titubeó en llamar discretamente al inspector Crane y decirle, señalándole a Lanyard, que seguía paseándose tranquilamente por el gran salón:

—Pítese bien en ese caballero... No es que yo le acuse... Me limito a indicar que vi en sus manos el pendiente un poco antes de su desaparición.

Crane no pudo reprimir un ligero movimiento de labios, por cuyo gesto se conocía que tenía una pista segura.

Lanyard le vió, de pronto, dirigirse lentamente hacia él, y, al reconocerle, como Crane le había reconocido a él, a pesar del tiempo transcurrido desde la última vez que se vieran, le esperó sin inmutarse; es más, sonriente.

Al hallarse frente a frente, Lanyard le tendió la mano y Crane, observándole fríamente, le ofreció la suya.

—¿Son "amigos" suyos, inspector Crane?—preguntó "El Lobo", señalando a los agentes que habían llegado con él.

—Sí... Son muy buenos "amigos" míos... Guardan la salida, por si acaso...

—Para que nadie se atreva a salir... ¿No es eso?

Le sonrío a usted enturado del robo que se acaba de cometer aquí...

—Sí... y me imagino que usted me crea el autor.

—No le acuso... Sospecho...

—Nadie puede librarse de una vulgar sospecha, inspector Crane...

—Unos menos que otros, señor Lanyard...

—Celebraré que tenga usted éxito en este importante servicio...

—Puedo darle ya casi por descontado...

—¿Sí?... ¿De quién sospecha usted más?

—Pronto lo sabrá usted...

En aquellos momentos, el conde decía al director de las "Galerías Duval":

—Para mayor tranquilidad de mi esposa, retire todo lo que había expuesto en este salón.

El director no se opuso a ello, tratando con toda clase de consideraciones a persona tan distinguida, y a una señal de ésta, su chofer, que había sido llamado por un empleado de las "Galerías", iba colocando en una bandeja todos los objetos expuestos por sus señores, para llevarlos al coche.

Lanyard se acercó a una vitrina detrás de la cual se hallaba el gerente del establecimiento, y, sacándose un talonario de cheques, extendió uno por cinco mil dólares, en pago del vaso Ming que había adquirido.

Como viera que Crane lo miraba sorprendido de aquel dispendio, Lanyard, sonriente, manifestóle:

—Soy tan romántico que, a veces, por satisfacer un capricho, sería capaz de arruinarme.

El gerente ordenó que alguien llevase al coche del señor Lanyard el vaso en cuestión, y, en tanto, "El Lobo", viendo llegar a su encuentro a una gentil joven acompañada de un simpático galán, hizo una seña al policía y, a poca, dijo a éste:

—Inspector Crane, permítame que le presente a mi ahijada, la señorita Adriana.

El inspector inclinóse cortésmente ante la graciosa joven, como un perfecto caballero; y Lanyard añadió, señalando al acompañante de su ahijada:

—Y éste es Roberto Van Dyke, para encontrar al cual no tengo más que buscar a Adriana.

Y, aparte, después que los dos hombres se hubieron estrechado la mano, como si los hubiese presentado un buen amigo común, Lanyard murmuró a Crane:

—Huelga decir a usted que ella ignora... y debe ignorar... ciertas "cosillas" mías... Lo pasado... pasado está...

Adriana vió a unas amiguitas y, con permiso de Lanyard y de Crane, dirigióse, seguida de Van Dyke, a su encuentro.

Crane y "El Lobo" se contemplaron en silencio, y en aquel preciso instante pasaron junto a ellos los condes, con el chofer cargado con la bandeja sobre la que reposaban los objetos de su pertenencia, en primer término. Al llegar a la altura del policía y del "Lobo", la condesa dejó, como para librarse de un peso, su bolso de mano, de abalorios, sobre la bandeja; y, en un gesto rápido y certero, "El Lobo" apoderóse de dicho bolso, sin que nadie se diese cuenta de ello. El bolso cayó al suelo, Lanyard lo recogió, sacó algo del interior del mismo, y, luego, llamó a la condesa.

Señora condesa—le dijo, con exquisita galantería—, se le cayó el bolso.

Ella lo tomó de sus manos y presintió lo ocurrido... convenciéndose de la realidad de su presentimiento al comprobar, por el tacto, que Lanyard, "El Lobo", se había apoderado de "algo" que había dentro...

Y ni qué decir tiene que los condes salieron a marchas forzadas de las "Galerías Duval", con la vergüenza del ladrón que se deja robar por otro ladrón...

Y, un poco después, gracias a la intervención de Lanyard, el gerente de la casa daba exageradas muestras de alegría al hallar, debajo de unos papeles, sobre el cristal de una vitrina, el pendiente que se suponía robado.

Crane no pudo menos de interrogar con la mirada al "Lobo", y éste, por toda respuesta, pareció decirle:

—¿He sido yo el ladrón?

Y Crane tuvo que marcharse con su "ojo avizor" a otra parte.

Pero... no dejaría en paz al "Lobo"... aunque le parecía haber visto en él que no era el mismo... ¿Habría cambiado de vida?

Irene se hallaba en su gabinete íntimo, tocando el piano, cuando una sombra se deslizó por la ventana a aquella pieza perforada de mujer bella.

Ella sintió el desplazamiento de aire producido por el cuerpo que acababa de penetrar en la habitación, pero lo atribuyó, al levantarse y no ver a nadie, a una brisca váfaga nocturna.

Volvió a sentarse ante el piano, y, al volver inconscientemente la cabeza, vió ante sí un rostro conocido: Lanyard.

—¿Usted? ¿Qué hace usted aquí? ¿Quién le ha autorizado a venir... y por qué ha saltado usted por la ventana, como los malhechores?—protestó, airada, y disponiéndose a tirar del cordón que pendía a lo largo del lado de la puerta de la estancia.

—No se alarme usted, señorita...

—Voy a llamar a mi criado, para que le entregue a la policía.

Lanyard acercóse al cordón y tiró personalmente del mismo.

Irene le observaba sin comprender qué se proponía con su intempestiva visita y con la llamada al criado; y cuando éste se presentó, no pudiendo ocultar la sorpresa que le causaba la presencia de aquel hombre en el saloncito privado de la

señorita, ella, debilitándose como por arte de encantamiento su firmeza de ordenar al fámulo que entregase al intruso a la policía, se limitó a decirle:

—Sirva al té.

—¿Para dos, señorita?—preguntó el servidor.

—No, gracias; yo no lo tomo — repuso Lanyard—. Tráigalo para la señorita solamente.

Al desaparecer el fámulo, Lanyard dejó hablar a Irene, esperando que se fijase por ella misma en la sorpresa que él le había preparado. Y ocurrió que Irene, al ir a apostrofarle por su inculcable conducta, saltando por la ventana al gabinete privado de una señorita, vió, encima de un mueble, inmediato a la ventana, el vaso Ming que por culpa de Lanyard no pudo ella adquirir.

—¡Oh! ¿Qué significa este vaso aquí?—dijo, brillándole los ojos de alegría.

Lanyard acercóse al vaso, y haciéndolo se acercó a Irene, pues ésta acariciaba el valioso objeto de arte, y contestó, envolviéndola en carífeas miradas:

—Si me empujé en adquirir el vaso, fué para evitar a usted la molestia de llevarse... y proporcionarme el placer de traerlo.

Al oír esas palabras, se desarrugó el ceño de la hermosa señorita.

Galante era el desconocido, y plausible su intención.

Su hostilidad trocése en sonrisa, lo que permitió a Lanyard ver en toda su mirífica belleza, dos hilares de purísimas perlas, y, sin cesar de acariciar el vaso, dijo:

—Le acepto a condición de abonarle lo que pago por él.

—¿Mi? precio es elevado...

—El que sea... pero he de pagarlo.

Entonces Lanyard, obedeciendo el dictado de su corazón, besó en los labios a la hermosa Irene, y, dirigiéndose a la ventana, para volver al jardín

de la mansión por el mismo camino empleado para entrar en la casa, exclamó, haciendo de nuevo, esta vez con los ojos, a la adorable criatura:

—¡Adquirido por la señorita Fairchild!

E Irene quedó en la estancia impregnada de un nuevo perfume, acariciando el vaso... y acariciándose los labios.



—Si me empujé en adquirir el vaso...

Una semana después, Lanyard recibía, en el cuarto del hotel donde se hospedaba en Chicago, a cuya ciudad había tenido que trasladarse para resolver ciertos asuntos completamente legales, la siguiente carta de Nueva York:

Querido padrino:

Al fin mi sueño se ha convertido en realidad: Roberto y yo somos novios; y los dos te regamos

que no dejes de asistir a la velada que él celebrará en su casa, el sábado, para anunciar nuestro compromiso.

Carólisamente,

Adriana.

Lanyard sonrió. Su ahijada iba a ser muy feliz, muy feliz, y nada podía negarle. La felicidad de la virtuosa joven sería el mayor premio que Dios le daría a él por haberla protegido... además de por haberse él apartado del camino del delito, en el que, antes de conocerla, se deslizaba sortando eternamente el peligro de encontrarse con la policía y dar con sus huesos en la cárcel.

El criado de Lanyard viajaba con él.

—Oye, Benjamín—le dijo Lanyard—. Prepara mis cosas para partir en seguida. He de pasar el sábado y domingo de esta semana en casa de los Van Dyke.

Y, aquel sábado, apenas en la regia mansión de los Van Dyke, en la que, aquel fin de semana, se habían congregado numerosas amistades, que pasarían en el palacio la noche del sábado y el domingo, Lanyard recibió la inesperada sorpresa de encontrar, entre los invitados, a los condes de Estac.

La señora Van Dyke lo presentó al matrimonio, y al ver el asombro reflejado en el semblante de los falsos aristócratas, pues que su título no era sino una usurpación más, fingió celebrar el encontrarse allí y salvó la situación creando por el estorbo de los condes, diciendo a éstos, tendiéndoles ambas manos:

—Entre coleccionistas de obras de arte, nos conocemos perfectamente unos a otros, ¿no es así?

Los condes, aunque no muy tranquilos, aceptaron la amistad que les brindaba Lanyard, y, sin sospechar que todo era una comedia, la señora

Van Dyke no tuvo inconveniente en preguntar al conde, en presencia de Lanyard:

—¿Ha visto usted ya a ese famoso joyero, acerca de mis perlas?

El conde se mordió los labios, pesándole que Lanyard se enterase de que la señora Van Dyke la había confiado sin el menor recelo su valioso collar de perlas, para un ligero arreglo de una de ellas, y repuso:

—Sí, señora Van Dyke... Omíti decirlo, pero ya tengo el collar. Voy a buscarlo.

Hizo además de subir inmediatamente a su habitación, pero la condesa le detuvo en mitad de la escalera, y, en tanto que la señora Van Dyke hablaba con Lanyard, a propósito de su ahijada, con la que pronto casaría su hijo Roberto, dijo a su marido, alarmada por la presencia del sospechoso personaje, del hombre que—no le cabía duda a la condesa—le había quitado el bolso en las "Galerías Duval" para sacar del mismo el pendiente de la emperatriz Catalina:

—Apostaría cualquier cosa a que ese hombre es "El Lobo", de quien tanto se ha hablado... y deberías acusarle de descubrir su verdadera personalidad.

—Sí... Voy a hacerlo ahora mismo...

Siguió hacia su habitación, solo, y al llegar al pasillo donde había las puertas de los cuartos reservados a los invitados, empujó la primera puerta que le vino a mano.

Un crido, que acortó a pasar por allí, creyó que se equivocaba de habitación, y le dijo:

—Perdón, caballero... Esta es la habitación del señor Lanyard. La de usted es la inmediata.

Simuló el conde haberse confundido, pero tan pronto el doméstico hubo desaparecido, volvió sobre sus pasos y penetró en la habitación destinada a Lanyard y que el conde había sospechado que era la de éste, por ser la que quedaba disponible para caballeros y haber llegado Lanyard el

último. No se había equivocado, y lo celebraba, porque no perdía el tiempo para ponerse a la obra.

Mientras el conde revolvía el equipaje del recién llegado, éste recibió la mayor sorpresa que podía esperar: volver a ver a Irene.

En efecto, ésta llegó a la mansión a continuación de él, y avanzaba por el salón acompañada de Adriana.

Lanyard, sonriente, se acercó a Irene, quien no le rechazó, ni mucho menos, no mostrándose rencorosa por haberla él roñada aquel beso...

Adriana, sin sospechar lo ocurrido entre ambos, presentó a su padrino y a Irene; y ésta, sorprendida, dijo a Lanyard, con el que quedó sola, pues Adriana se alejó, requerida por la señora Van Dyke:

—Si usted me hubiese dicho que era el tutor de Adriana, no habría usted tenido que entrar en mi casa por la ventana.

—Sí... pero no hubiese obtenido nada a cambio del vaso—contestó Lanyard, malicioso.

—No se portó usted muy bien, que digamos...

—¿Se enfadó usted mucho?

—Tanto, que aún me dura el enfado.

—¿De veras?

Se miraron al mismo tiempo y echaronse a reír. Aquel fin de semana sería para ellos la misma gloria, porque estarían juntos...

El conde, revolviendo las cosas de Lanyard, encontró la siguiente carta que bastaba a sus deseos, pues que le revelaba quién era él:

...Y como estoy convencido de que "El Lobo" ha desaparecido en ti para siempre, para convertirse en un hombre de bien, te confío a mi hija Adriana, agradeciéndote este inmenso favor, tanto más cuanto que no dudo que ella estará orgullosa de su padre adoptivo.

Una mueca sinistra partió los labios del con-

de. ¡Ah! ¡Conque el señor Lanyard era, en realidad, el famoso "Lobo"! Era preciso eliminarlo, para que no se constituyese en su sombra negra. Ahora sí que estaba seguro de que "El Lobo" le había desbaratado el robo del pendentif de la emperatriz Catalina.

Guardóse esa comprometedor carta en el bolsillo y se dirigió a su habitación.

Lanyard se hallaba en la misma. Al ir a entrar en la suya notó que había alguien dentro, y, convencido de que era el conde, entró en la de éste, para revolver, a su vez, sus papeles, a fin de sorprender entre los mismos alguna que lo delatase por sí solo.

No encontró ningún documento comprometedor, pero sí el collar de perlas, falsificado, que el conde se proponía devolver a la señora Van Dyke en substitución del auténtico que ella le entregara.

Al entrar en su habitación, el conde sorprendió en ella a Lanyard, y, sacándose el revólver de que iba siempre armado, a prevención, cerró la puerta y avanzó hacia él, amenazándolo con odio.

Lanyard levantó los brazos. No le pesaba haber sido sorprendido. Lo prefería.

—Veo que le gusta jugar con fuego y voy a complacerle... le dijo el conde.

Con serenidad pasmosa, Lanyard contestó:

—Entre ladrones anda el juego... pero a usted le falta habilidad y ténia.

—Si lo dice usted porque se asegura que no tiene rival en el género, señor Lanyard, alias "El Lobo"...

El conde pidió comunicación telefónica con la delegación de policía, y Lanyard, sin perder su sangre fría, le preguntó, burlándose abiertamente de él:

—¿Va usted a declarar a la policía que el conde Estac y el estufador Joe Gordon son una misma persona?

El conde tapó la boca del auricular, y repitió:

—No temo a la justicia... porque vivo dentro de la ley.

—Considera usted legal dar gato por liebre a la señora Van Dyke, imitando sus valiosas perlas?

El conde, cogido en su propia red, se declaró vencido, y como en aquel instante contestaban de la delegación de policía, se disculpó, así:

—No es nada... Error de número...

Lanyard había ganado la partida.

El conde iba a exigirle el collar, pero en aquellos momentos llamaron a la puerta de su habitación. Era la señora Van Dyke.

—¿Quiere usted darme mi collar, señor conde?

No sorprendió a la distinguida dama la presencia de Lanyard en el cuarto del conde, puesto que habían resultado amigos, según vió cuando los presentó a ambos creyendo que no se conocían.

Sin embargo, Lanyard, para justificar su presencia en la habitación, y escondiéndose en un bolsillo el collar falso, para obligar al conde a entregar el verdadero, dijo a la dama:

—El señor conde me lo estaba mostrando, y, en verdad, las perlas son maravillosas.

El conde sacó de un bolsillo del pantalón un botellín de metal de leer, vacío, y, al abrirlo, extrajo del mismo el collar auténtico, entregándolo, muy a pesar suyo, a su dueña.

Así, Lanyard, el antiguo "Lobo", evitaba que la que sería madre política de su ahijada, fuese despojada por un rufián de su más preciada joya.

Los condes, resueltos a realizar una buena operación en aquella casa, convinieron en aprovechar la noche para robar todas las joyas de los invitados, con lo cual se harían ellos millonarios. Y, juntos, trazaron el plan a seguir para que todas las joyas se hallasen en un mismo lugar.

Lanyard, ajeno al proyecto de los condes, había se alejado con Irene, bailando, hacia el jardín; y una vez en él, el noble ex ladrón se entregó a la conquista de la única mujer amada.

Ella le escuchaba con ilusión, y, de súbito, notó que en las manos de Lanyard se hallaba su valioso collar de brillantes.

El, sonriente, le dijo:



...entrepénaselo, muy a pesar mío, a su dueño.

—Se le iba a caer a usted, y lo tomé en mis manos... Hubiese sido una lástima...

Y, luego, añadió, pues era con tal fin que se lo había quitado:

—¿Me permite usted que se lo punga?

Ella accedió y acercóse a Lanyard... pero no lo bastante... no tanto como él quería.

—Acérquese usted más... un poco más... para el broche...

Así lo hizo ella, con delicias coquetizas, y Lanyard la besó en su olmoso pelo, fino como el plumón de un pajarillo.

Adriana interrumpió el idilio con su brusca aparición.

—¡Venid! Roberto va a hacer funcionar su aparato de televisión.

A poca, todos los invitados se hallaban frente



—Este es el invento gracias al cual se puede saber todo...

al aparato de televisión, invento moderno que consiste en que se oiga y se vea la persona que habla.

El programa de la estación emisora de televisión de aquella noche era excelente: ópera, chistes, bailes modernos y de fantasía.

Irene exclamó:

—¡Este invento es maravilloso!

Y Lanyard, dirigiéndose a todos, dijo:

—Este es el invento gracias al cual se puede saber todo, viendo el rostro de quien nos habla... Y acaso algún día podamos hablar hasta con los muertos para que nos digan cómo se vive en el otro mundo.

Los invitados celebraron la ocurrencia de Lanyard, pero éste había puesto en ella una oculta intención...

En tanto, el conde, poniendo ya en práctica su plan, se apartaba a una habitación distante del salón y, desde un aparato interior, llamaba, como si la llamada procediese del exterior, a la señora Van Dyke.

—Diga...

—Aquí, Jefatura Superior de Policía. El ladrón de guante blanco "El Lobo" ha sido visto por los alrededores de su casa. Tomen ustedes toda clase de precauciones...

La señora Van Dyke se alarmó, y como el conde fué la primera persona que ella encontró al regresar al salón, enteró a éste de su propia comunicación.

—La policía acaba de anunciarme que un famoso ladrón merodea por estos lugares...

—¡Mala noticia! Conviene prepararse, por si acaso...—opinó el farsante.

Y, fingiendo meditar sobre el asunto, añadió:

—Como medida de precaución, le aconsejo que al ir a acostarse haga depositar en la caja fuerte todas las joyas de sus invitados.

—Sí... Buena idea... Mis invitados se acostarán, pero me va obligada a ello...

Lanyard comprendió el alcance del "consejo" del conde, pues eso no era fácil que escapase a su perspicacia, y, a solas con él, comentó, burlón:

—Muy genial su combinación, querido conde.

Una solterona interrumpe la plática para dedicar — ajena a que lo tenía delante — cuatro tonterías de mujer sin marido y román-

tica, encima, al "Lobo", temiendo y deseando que la raptase.

Mas, a continuación, de nuevo a solas, y alejados de todos, los dos hombres prosiguieron su plática.

—Ha llegado el momento de hablar claro, para entendernos mejor. Desde este instante, tú harás cuanto yo te diga—dijo el conde a Lanyard.

—Según lo que sea, amigo... Cuando en un negocio intervienen dos personas, a estas dos personas ha de convenir por igual el negocio...

—Necesito que esta noche "empieces" en nuestro favor tus hábiles dedos...

—Lo siento, pero mis yemas se han oxidado por haber cesado en el negocio.

—Si no aceptas, anunciaré a los invitados algo más sensacional que los espasmos de tu ahijada. ¡Estoy dispuesto a todo!

—Na... No acepto.

—En las "Galerías Duval" nos estorbaste un buen negocio, y te pido la compensación. Decídete, o tu ahijada y tú seréis expulsados de la buena sociedad en que has sabido introducirte.

La amenaza a la felicidad de su ahijada hizo vacilar la firme resolución de Lanyard de no tomar parte en aquella hazaña. Se dió a la reflexión, y, a poco, repuso al miserable:

—Si consiento en ayudarte, no tomaré nada del arca. Renuncio a la más mínima parte.

Quedaron de acuerdo. A las tres de la madrugada, Lanyard había abierto ya la caja y el conde, a esa hora exactamente, iría a apoderarse de todas las joyas.

Estas fueron depositadas en sobres—un sobre para cada invitado—y dichos sobres depositados a su vez en la caja fuerte.

El propio Lanyard cuidó de que la condesa le entregase sus joyas, entre ellas un valioso brazalete, para depositarlas en la caja, y la falsa

aristócrata accedió mal de su grado, por aquello de que el ladrón teme siempre ser robado.

Y, un poco después, la casa estaba sumida en religioso silencio.

La condesa, fingiéndose enamorada de Lanyard pero con la manifiesta intención de vigilarle, entró en el cuarto de aquél y trató de hacerle caer en la red de sus encantos, abiertamente afreídos:



...evitó de que la condesa le entregase sus joyas...

pero "El Lobo" resistió a la tentación de la diablesa, y ésta, al salir, despechada, de la habitación, fué vista por Irene, que experimentó un cruel desengaño ante el equívoco.

Lanyard esperó la hora convenida y, llegada ésta, fué a cumplir su palabra.

Irene, que no se había acostado todavía, oyendo su desventura tendida en un sofá, oyó rumor de pasos y, siguiendo a la sombra que se refle-

jaba en la pared de la escalera, vió que aquélla se dirigía hacia la caja fuerte, y cuando, con pasmosa habilidad, la hubo abierto, reconoció en ella a Lanyard.

¿Qué significaba aquello? ¿Lanyard era, pues, efectivamente, un ladrón de levita?

¡Oh! Sí... Sí...

¿Cómo la había engañado aquel hombre?

Y reintegróse a su cuarto, para que su corazón herido y despiadadamente engañado, se desahogase en raudales de lágrimas.

A las tres, el conde dirigióse, a su vez, como convenido, a la caja, pero se llevó chasco no hallando en ella ninguno de los sobres conteniendo las joyas.

¿Las tendría Lanyard en su poder? Sin duda. Pero, ¿por qué? Y se trasladó al cuarto del "Lobo", quien se disponía a meterse en cama.

—¡Dame las joyas! ¡Pronto!—exclamó, amenazándole con un revólver.

—¿Qué cuento es ese, amigo? Recuerda que sólo acepté abrir el armario... Y la he abierto... sin llevarme nada.

—¡Mientes! Las joyas están en tu poder, pero no te escaparás con ellas.

Lanyard se acostó y cubriéndose hasta la cabeza con el almohada, dejó que el conde se cansara de hablar.

Y éste, considerando que no era prudente armar un escándalo a aquella hora, optó por no separarse del lado de Lanyard, velando su sueño revólver en mano.

Pero nada logró el conde. Lanyard, al despertar, siguió negando que tuviera las joyas.

La señora Van Dyke se había enterado ya del robo cometido, y el inspector Crane, prevenido del caso, no tardaría en presentarse en la casa,

en la que, a excepción del conde y Lanyard, todos los invitados se hallaban en el salón, comentando, con el consiguiente disgusto, el robo.

Irene se moría de dolor y de indignación.

El conde reunióse con su esposa y entró a ésta de la traición de Lanyard. La ladrona ahogó una blasfemia. ¡Ah, el bandido!

En tanto, Lanyard seguía desmenuzando.

Cuando llegó Crane, Irene, que estaba decidida a acusar a Lanyard, a fin de que el infame no siguiese burlándose de todos, no tuvo fuerzas para hacerlo, y la actitud de la joven hizo nacer sospechas en la mente del inteligente policía.

Los condes, en un rincón, seguían comentando la infamia de Lanyard, y Crane, acercándoseles, les preguntó:

—¿No han visto ustedes nada que les haya llamado la atención esta noche?

El conde no podía ya más con su furor, y, desoso de vengarse del traidor, contestó:

—Acaso mi vecino de cuarto, el señor Lanyard, pueda contestar a esa pregunta. Le oí acostarse muy tarde.

¡Lanyard! ¡Lanyard allí! ¡Ya sabía Crane quién era el ladrón!

Rápidamente subió al cuarto del "Lobo" y lo halló en él, no dejándole de sorprender este detalle. ¿Por qué no había huido? ¿Un ardid, tal vez?

Lanyard, al verla, sonrió.

Registradas sus ropas, se le encontró el collar de perlas falsas que él, Lanyard, hallara aquella tarde en la habitación del conde.

Crane tenía ya motivo para proceder al arresto de Lanyard, suponiendo, a pesar de las protestas de éste, que esa joya formaba parte de las sustraídas de la caja; y dejando al "Lobo" bajo la vigilancia de un agente, volvió al salón y dijo a la señora Van Dyke:

—Las damas y los caballeros que se hallan aquí

pueden considerarse libres. Acabo de arrestar al autor del robo.

Irene ahogó sus sollozos.

Y los condes, alarmados, pensando que Lanyard, al verse perdido, los perdería a ellos, decidieron fugarse.

Lanyard, en su habitación, rogaba al agente que, antes de vestirse, le permitiese tomar su acostumbrada ducha diaria, accediendo a ello el policía, vigilándole desde la puerta del cuarto de baño, que se reflejaba en un espejo.

Los condes huyeron en su automóvil, mas he aquí que, en mitad del camino, vieron que el chofer retrocedía, huyendo de la persecución de otro coche, en que iban policías. Y, cuando menos lo esperaban, los falsos aristócratas se vieron de nuevo ante la mansión de los Van Dyke. Crane estaba en la puerta como esperándoles, pues los policías que iban en el coche perseguidor habían sido mandados por él al ver la precipitación con que huían los condes.

Pero cuando la sorpresa de éstos alcanzó el grado máximo, fué al ver que el chofer que los abría la portezuela del coche era el propio Lanyard.

Crane no volvía tampoco de su asombro.

Lo sucedido fué que Lanyard, para rehabilitarse con una hazaña memorable en favor de la Justicia, a los ojos de Crane, había burlado la vigilancia del agente que lo suponía tomando la ducha, dejando colgado debajo de la regadera de la misma su casquete impermeable, lo que daba la sensación de que él se hallaba debajo de los hilos de agua.

Tal decisión la tomó al escuchar rumor de rápidos preparativos de fuga en el cuarto vecino.

Todo le había salido a pedir de boca.

Y ahora, ante todos, Lanyard se presentó vestido de chofer, para dar el gran golpe de efecto.

El conde, furioso, reveló la personalidad del improvisado chofer:

—¡Este es "El Lobo", señores, un miserable que se ha propuesto perdernos!

Lanyard, sin inmutarse, dirigióse al teléfono y habló con la Jefatura de Policía, como si fuese el inspector Crane; y, a poco, oyóse, por el aparato de televisión:

—¡Atención! Vamos a presentar los retratos de delincuentes "de salón" reclamados por la Justicia.

Los condes palidecieron. ¿Qué significaba aquello? ¿Qué iba a verse en el teatrillo del aparato?

En primer lugar se vio la fotografía de una pareja elegante que nadie conocía, y, luego, la conocida pareja de los falsos condes.

Y ni qué decir tiene que los agentes de Crane espasáronlos, como reclamados por la policía.

Pero, ¿y las joyas de los invitados de los Van Wyke?

Lanyard se dirigió a la caja de caudales y, del fondo de un cajón oculto, extrajo todos los sobres; y mostrándoselos a la dueña de la casa, le dijo:

—Supongo que mereceré su perdón por haber escogido este archivador de direcciones como lugar más seguro para las joyas.

Aquello era todo un caso de detectivismo. Pero, ¿no habían dicho los falsos condes que el señor Lanyard era "El Lobo"?

Crane, comprendiendo que "El Lobo", el verdadero "Lobo", había muerto para siempre, tuvo un arranque de nobleza. El había sido en todo tiempo el encargado de detener al peligroso ladrón, y nadie lo conocía tanto como él entre el elemento policíaco.

—Señoras y caballeros—pronunció gravemente—, Hace muchos años que conozco al "Lobo"... y puedo asegurar a ustedes formalmente que el

señor Lanyard no tiene nada que ver con ese famoso ladrón de levita.

Lanyard, emocionada por su definitiva rehabilitación, estrechó la mano del policía, y luego de haberse despedido irónicamente de la condesa, comparando la esposa que lucía en la muñeca con la mejor joya de ella, un brazalete, que no vuelve



...comparando la esposa que lucía en la muñeca con la mejor joya de ella.

ría a lucir jamás, porque sería devuelto a su verdadera dueña, fué a reunirse con Irene, que se hallaba, llorando de felicidad, en el jardín.

—Irene...

Ella se volvió y miróle llena de amor.

Lanyard le mostró su collar de brillantes, que había sacado del sobre en que ella le depositara la clápera, y le dijo:

—¿Me permite usted que se lo ponga?

Ella aceptó y se le acercó, pero no tanto como él deseaba.

—Acérquese usted más... un poco más... para el broche—le suplicó Lanyard.

Ella lo hizo... y el noble enamorado aprovechó el acercamiento para apresarla entre sus brazos y besarle los labios... pero no una vez... sino...

FIN

NO SE OLVIDE DE

La Novela del Chofer 30 cts.

La mejor publicación de novelas modernas

Le interesa
30 cts.

La Novela de la Modistilla

Lujosa nueva colección de novelas, con postal regalo.

La Novela Americana Cinematográfica 30 cts.

GRAN ÉXITO DE

La Novela Frívola Cinematográfica

Regalo de Artísticas fotografías

Precio: 30 céntimos

EXITO VERDAD,

en las selectas *Ediciones Especiales* de

La Novela Semanal Cinematográfica

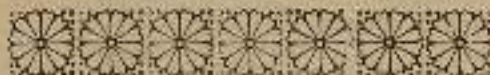
DE



EL DESPERTAR

Por Vilma Banky, Walter Byron,
Louis Wolheim, etc.

Bellísima novela de gran emoción



PIDA EN CUALQUIER QUIOSCO:

Plastic Films

Beldades de la pantalla en «poses» de arte

CADA FOTOGRAFIA, UN CUADRO

Precio: 1 PESETA

PRONTO

en las selectas Ediciones Especiales
de La Novela Semanal Cinematográfica

Las tres pasiones

por Alice Terry

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Dietos, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbrá, 16; Madrid: Cañal, 1

152

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

III

Sociedad General Española de Librería
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

III

BARCELONA: Bárbara, 16; MADRID: Caños, 1